

KANT, ESPÍRITUS Y NOÚMENOS

ALEJANDRO ROSAS
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Resumen:

La filosofía es un arte complejo que se dirige, al mismo tiempo, a la interpretación de los textos del pasado y a la interpretación del mundo al que se refieren los textos. En este ensayo se entretiene un debate entre intérpretes de Kant sobre su concepto de *noúmeno*, con un debate entre filósofos contemporáneos acerca de si tiene sentido ser naturalista en filosofía.

Palabras claves: Kant; noúmeno; naturalismo.

Abstract: *Kant, Spirits and Noumena.*

Philosophy is a complex art which aims at, by the same token, the interpretation of long-standing texts and the interpretation of the world that is referred to by those texts. This paper swirls around the discussion between Kantian interpreters of his concept of *noumenon*, and the contemporary discussion on philosophical naturalism.

Key words: Kant; noumenon; naturalism.

1. Dos interpretaciones del noúmeno

Probablemente pocos de los que respetamos la estatura de Kant como pensador moderno hayamos dedicado nuestros ratos filosóficos a meditar e indagar sobre el concepto de noúmeno. Se trata en realidad de un concepto filosóficamente fundamental en Kant, pero también expresa lo que un distinguido intérprete denominó el lado oscuro de su filosofía.¹ Este "lado oscuro" de su pensamiento ha provocado un persistente debate entre los intérpretes. Es un debate que parece ser de exclusiva incumbencia y degustación de filósofos, pero que tiene repercusiones interesantes en el tejido de nuestras inquietudes académicas y humanísticas.

El desacuerdo interpretativo gira en torno a un asunto filosófico que parece simple y que se puede apreciar desde el sentido común. Algunos intérpretes sostienen que, para Kant, los noúmenos tienen una realidad ontológica y una eficacia causal comparable a la de las cosas espacio-temporales. Aunque los noúmenos no están en el espacio-tiempo, su existencia es un hecho, un hecho suprasensible. La realidad ontológica noumenal que trasciende lo espacio-temporal se nos

¹ Se trata de Peter Strawson (Strawson 1966), quien hizo célebre la tesis de que el idealismo trascendental kantiano, como afirmación de realidades allende al espacio y al tiempo, viola los límites de la inteligibilidad, y es, por principio, una tesis oscura para el entendimiento humano.

presenta en primer lugar e inmediatamente en la propia libertad. La innovación filosófica de Kant no consiste en abandonar la idea clásica y platónica de un mundo inteligible y suprasensible, un mundo de espíritus, si se quiere, sino en darle una evidencia nueva y un acceso epistémico renovado a través de la razón práctica. Para quienes así leemos a Kant, el noúmeno es el espíritu suprasensible y el acceso a él es la conciencia de la libertad.

Por otro lado, hay intérpretes que sostienen que los noúmenos, en Kant y según Kant, no existen. El concepto de noúmeno no refiere en realidad a unas cosas que existen más allá del espacio y del tiempo. Es sólo un modo de expresar el carácter limitado y relativo de nuestro conocimiento, su dependencia de una esquema conceptual. Se trata de una idea atractiva, pues recalca el papel epistemológico de la empresa kantiana y su preocupación por el problema de la validez y la fundamentación del conocimiento. Uno podría concentrarse, así, en el estudio y difusión de los aspectos ilustrados y luminosos de su filosofía: la defensa del conocimiento científico frente al escepticismo, y la defensa del individuo, sus derechos y su libertad frente al poder político. Me referiré en lo sucesivo a esta interpretación como la interpretación "inmanentista" de Kant.

Estas dos interpretaciones son posibles, y ambas pueden ser defendidas en los textos de Kant. Las perspectivas de que una triunfe sobre la otra con las armas de la exégesis no son buenas. Pero uno podría preferir, con espíritu pragmático, la interpretación inmanentista de lo nouménico. Ella nos da una visión respetable de Kant como filósofo moderno. ¿Por qué insistir en lo que sería el lado oscuro de su filosofía, el aparente compromiso con lo suprasensible? Creo que, sin negar la plausibilidad y las razones para la interpretación inmanentista, vale la pena insistir en esta interpretación del noúmeno como lo suprasensible. En ella aparece, con plena nitidez, la oposición de su filosofía a lo que constituye uno de los paradigmas más fuertes del pensamiento contemporáneo, al que a veces se alude bajo el nombre de "naturalismo filosófico". Y hasta donde puedo ver, esta nítida oposición sólo es posible bajo una interpretación ontológicamente realista de su doctrina del noúmeno.

Es característico del pensamiento kantiano presentarse como incompatible con una filosofía que otorgue a las ciencias naturales una posición privilegiada en la concepción de la moral y de la persona humana. Esto es digno de notarse, porque el mencionado paradigma naturalista –que domina la investigación y la producción filosófica contemporánea– otorga a las ciencias naturales precisamente esta posición privilegiada. Es curioso que Kant, a pesar de ser visiblemente moderno en su defensa de la ciencia natural y de la libertad política, haya negado que su doctrina de la libertad pudiera explicarse con, y de alguna manera fundarse en, las doctrinas que emanan de la ciencia

natural acerca de las realidades físicas y vivas. Kant desaprobaba este universalismo científico, y pensaba además que nunca llegaría a ser popular. (Ver su pronunciamiento sobre el principio del empirismo puro en la filosofía, en *KrV* B 493-4). Sostuvo que una concepción adecuada de la moral y de la libertad humana tenía que apoyarse en tesis sobre el ser humano y el mundo distintas a las que la ciencia natural estaba destinada a desarrollar. Pero, aun así, el naturalismo se ha convertido en un paradigma dominante en la filosofía contemporánea. Y me parece cuando menos difícil desarrollar, desde la interpretación inmanentista, la oposición de Kant a este fuerte paradigma contemporáneo.

Por lo ya dicho acerca de la ambigüedad de sus afirmaciones respecto de la naturaleza del noúmeno, sería infructuoso querer defender la interpretación suprasensible con las armas de la exégesis. Probablemente nos enredaríamos en una polémica erudita sin mucho sentido. Por lo tanto, no voy a intentar aquí dar argumentos definitivos en favor de la interpretación de Kant como metafísico de lo supra-sensible. Más bien, voy a aprovechar este espacio para presentar algunas tesis centrales de su pensamiento en contraste u oposición con el naturalismo filosófico. Al mostrar y explicar su contraste con el naturalismo, se verá que, de suyo, es muy natural interpretar la filosofía kantiana como implicando la existencia de los noúmenos en tanto realidades suprasensibles. Es cierto que esto nada prueba, pues podría suceder que la interpretación inmanentista diese cuenta, con la misma facilidad, de la oposición kantiana al naturalismo. Debo dejar abierta esta posibilidad, pues no me considero capaz de dar argumentos de principio en su contra. Pero dado que mi interés es mostrar el contraste entre Kant y el naturalismo filosófico, me veo obligado a hacerlo con la única interpretación de Kant que a mi juicio lo muestra en toda su nitidez, y ésta es la interpretación del noúmeno como lo suprasensible.

2. Causas libres vs. causas naturales

La oposición de Kant al naturalismo se podría explorar en varios frentes. Siempre que tuvo oportunidad de expresarse respecto de teorías que en su época encarnaban tesis naturalistas sobre el ser humano, Kant lo hizo en contra. Algunas de esas teorías, o proyectos de teorías, contra los que así se expresó, son los antecesores de reconocidas posiciones contemporáneas. Por ejemplo, Kant dijo que la ciencia esperaba en vano al Newton que explicase físicamente la generación de una hoja de pasto. Esta simple afirmación tiene un contenido de mucho alcance: equivale a negar al neo-darwinismo, la síntesis de la teoría de la evolución por selección natural con la teoría genética de la biología molecular moderna. Se trata de la teoría biológica vigente,

que pretende explicarnos cómo se generan los organismos vivos por un proceso de selección natural operando sobre genes. Como veremos, este es uno de los pilares del naturalismo, y es interesante que Kant haya considerado el proyecto y lo haya rechazado como imposible. Más adelante voy a decir más sobre este particular. Pero antes quiero explorar la oposición de Kant al naturalismo en su forma más general, la oposición entre causas libres y causas naturales. Creo que esta oposición, y la relación que Kant establece entre la libertad trascendental y la moral, nos dan un acceso rápido y claro al tema de esta reunión.

El concepto de libertad, y los problemas relacionados con él, son asuntos centrales en la metafísica tradicional que Kant denominaba “dogmática”. Cuando Kant analiza y expone el contenido de este concepto, se atiene al legado de esta tradición. La libertad es una capacidad causal, análoga a la causalidad natural, pero distinta de ella en un punto fundamental. Las causas naturales operan sólo cuando su acción es precedida y determinada por la acción de otras causas. Cada causa natural está interconectada con una red de causas; lo que sucede dentro de ella está determinado desde la red causal a la que pertenece. En cambio, lo que define el concepto de libertad, es la alusión a una causalidad espontánea, a una causa que es capaz de actuar sin que su acción sea disparada por causas antecedentes. Este concepto de causalidad espontánea es el que tenemos que usar cuando pensamos en el primer evento causal u origen del mundo; y también es el que usamos cuando hablamos de las acciones libres en los seres humanos. En este caso particular, se trata de la mente humana y su capacidad de guiar la acción por representaciones. Kant piensa que la manera natural de entender esta capacidad causal de la mente, es servirse del mismo concepto de espontaneidad que se opone a la determinación por otras acciones o eventos causales precedentes.²

En la *Crítica de la razón pura*, la actitud de Kant ante este concepto es cautelosa, precisamente porque su contenido exige que lo excluyamos de lo que se puede experimentar y conocer en el espacio-tiempo. Debido a que la libertad alude a una causa incausada, y a que las causas que pueden ser objeto de nuestro conocimiento en el espacio-tiempo no pueden ser incausadas, la libertad no puede ser objeto de experiencia. No existe, ni puede darse, en el mundo natural. Si se diera, pondría en peligro la posibilidad del conocimiento científico, el cual depende, para Kant, de que los eventos del mundo se coordinen y encadenen sin rupturas. La libertad es, entonces, una “idea trascenden-

² Pasajes importantes de la *Crítica de la razón pura* (*KrV*) para el concepto trascendental de libertad en Kant son los correspondientes a la exposición de tesis y antítesis de la “Tercera antinomia” (*KrV* B 480-8); a la “Solución a las ideas cosmológicas de la totalidad”, parte correspondiente a la tercera antinomia (*KrV* B 560-86) y el “Canon de la razón pura” (*KrV* B 825-32).

tal", un concepto que, si bien forma parte de nuestro repertorio conceptual, no puede formar parte de nuestro conocimiento empírico.

Y sin embargo, Kant sostiene que esta idea trascendental de libertad está implícita en el modo cómo entendemos nuestra libertad de acción. Esto tiene que traer consigo un problema muy grave. Pues su fundamentación del conocimiento científico no le permite afirmar la existencia de eventos que no se dejen encuadrar en el esquema de espacio, tiempo y causalidad. Pero si la tesis de Kant sobre el carácter trascendental de la libertad de acción es correcta, las acciones humanas se dejan encuadrar en él. El resultado es una contradicción entre la afirmación de la libertad y la del conocimiento científico, y la amenazante posibilidad de que el conflicto tenga que resolverse en favor del determinismo de las ciencias naturales, con la consecuencia inevitable y fatal de que no hay libertad, ni imputabilidad, ni moralidad. El problema grave para Kant, como el de gran parte de la filosofía contemporánea, es entonces, el de cómo afirmar la libertad sin sacrificar la integridad y la autonomía de nuestra ciencia natural, o alternatively, cómo afirmar el conocimiento natural, sin que ello signifique poner en peligro la realidad de la libertad.

Kant introduce su solución en la *Crítica de la razón pura*. Ella consiste, básicamente, en ponerle límites a la realidad espacio-temporal y a su forma de causalidad contraria a la libertad. Al limitar lo espacio-temporal, Kant está dejando un campo para la libertad. Deja un campo para la libertad al afirmar, en abstracto, que, en vistas de que la realidad espacio-temporal no es todo lo que hay, la realidad de la libertad no contradice el mundo de la ciencia. Pero, por su naturaleza, la libertad no puede ser puesta como posible en una misma dimensión ontológica con la causalidad natural. La presunta interacción entre ambas plantearía el mismo problema, o incluso uno más agudo, que la interacción supuesta por Descartes entre el cuerpo y el alma; más agudo que en Descartes, porque tendría que ser una interacción sin espacio-tiempo, y no sólo una sin espacio. La tesis de Kant sobre un espacio vacío donde la libertad tendría cabida, suena como la creación de un limbo ontológico para algo que no se puede negar ni afirmar. Y en todo caso, la tesis kantiana es que toda acción humana concreta es, al mismo tiempo, un evento dentro del mundo espacio-temporal y un evento espontáneo y trascendentalmente libre. La solución que acabo de reseñar no nos ayuda a entender esto. Pero quizás la idea de perspectivas diferentes, que figura también prominentemente en la formulación de su solución, pueda explicarnos cómo resuelve Kant este problema. Pienso que, en efecto, su idea de perspectivas distintas apunta a una solución. Pero se trata de una idea que se puede malinterpretar con facilidad y que debe tomarse con cuidado.

La idea de perspectivas distintas sugiere que Kant otorga validez, democráticamente, a ambas tesis en conflicto. Sin embargo, no parece

plausible que Kant haya otorgado validez alguna al punto de vista naturalista sobre la acción. El naturalismo, argumenta Kant, implica la inexistencia de la libertad, y el sinsentido de las prácticas y sentimientos morales, como la imputación de responsabilidad, el reproche y el arrepentimiento. Si nuestras acciones fluyesen de nuestros estados mentales como de sus causas naturales, entonces el determinismo sería inevitable y las imputaciones de responsabilidad serían vacías, o peor aún, falsas. Cuando, en el afán de eludir responsabilidades, citamos las causas psicológicas que hicieron inevitable nuestra acción, estamos, según Kant, apelando a una explicación naturalista; pero aún en los casos en que así lo hacemos, la conciencia moral nos sigue acusando (*KrV* A 175-7). Kant afirma que esta situación sólo puede explicarse recurriendo a un análisis no-naturalista de la acción. Si la ley moral dice que una acción no debió cometerse, es necesario presuponer que el agente pudo haber obrado de otro modo y que el determinismo supuesto por la explicación naturalista no expresa la verdad. Actitudes morales típicas, como el reproche y el arrepentimiento, presuponen que, a pesar de los determinantes causales, la acción inmoral pudo haberse evitado (*KrV* A 171). Kant dice: “Este reproche se basa en una ley de la razón, en la medida en que la razón es vista como una causa que pudo y además debió haber determinado el comportamiento del agente de otro modo, a pesar y por encima de cualquier condicionamiento empírico” (*KrV* B 583 / A 555). Así es como llega a la idea de que las acciones humanas deben verse también desde una perspectiva distinta a la naturalista, y más apropiada, porque sólo cuando la razón es vista como su causa libre y no-natural, es posible dar pleno sentido al conjunto de actitudes que constituyen la moralidad.

3. El rechazo del naturalismo

Cuando Kant habla de perspectivas en relación con la libertad y el determinismo, parece otorgarles una igualdad de rango. Pero por lo que acabamos de ver, esta democracia es ilusoria. Es obvio que, para Kant, cualquier teoría que vea a la acción humana inmersa en una red de causas naturales, tiene que dejar por fuera lo esencial de la acción, a saber, la libertad. Es un error creer que él otorga a la perspectiva naturalista sobre la acción la misma validez que la que le otorga a la interpretación de la acción como trascendentalmente libre. Basta con reparar en la concepción que él tiene de la perspectiva naturalista sobre la acción. La perspectiva naturalista, vista por sus partidarios, es un programa cuyo objetivo es explicar, con los recursos de las ciencias naturales, la racionalidad, la moralidad y la libertad de acción. Al explicarlas, pretende también conservarlas. Pero Kant no la ve así. En

un pasaje de la *Crítica de la razón práctica*, muy ilustrativo de su actitud, Kant regaña a los filósofos que pretenden conciliar la libertad de acción con una explicación psicológica naturalista. Si a alguien, dice Kant, se le ocurriese la idea de que nuestra libertad consiste en actuar movidos, necesariamente, por nuestros propios estados mentales, la misma idea debería servir para defender, absurdamente, que un asador giratorio de carnes es libre, porque es movido por su propio mecanismo interior (*KrpV* A 174). Una descripción naturalista de la acción no podría nunca, en realidad, describirla como acción libre. Para poder describir nuestras acciones, tenemos que hablar de una causalidad no-natural de la razón. La explicación naturalista ignora, en opinión de Kant, lo más esencial de la acción humana, y jamás podría llegar ni a acercarse siquiera al fenómeno de la moral.

Creo que el concepto de libertad trascendental nos da una prueba rotunda y definitiva de la oposición de Kant al naturalismo. Pero me parece justo, y apropiado para apreciar la grandeza del pensador alemán, reconocer que él fue mucho más penetrante en su crítica y oposición. Kant tuvo la intuición suficiente para identificar las estrategias científicas por las que tendría que transitar el naturalismo naciente. Y parece que, en un intento consciente por anticiparse a ellas y decretar su fracaso, Kant se pronunció sobre dos proyectos que pueden considerarse, quizás, como dos de los pilares fundamentales sobre los que descansa el naturalismo contemporáneo.

Uno de estos proyectos surge de la convicción creciente entre filósofos, que nuestra concepción de la mente debe alimentarse de las ciencias del cerebro y de aquellas ciencias empíricas que pueden decir algo, con bases experimentales, sobre sus estructuras y procesos. Este proyecto ya estaba en curso en la época de Kant. En unas anotaciones que se publicaron aparentemente por vez primera en 1796, Kant hizo una evaluación científica y filosófica de un escrito contemporáneo titulado *Sobre el órgano del alma*, que su autor le había enviado. Este pretendía haber descubierto la ubicación del sentido interno en una de las "cavidades" del cerebro. Kant respondió sin ironía, verdaderamente halagado por la deferencia que le demostraba este científico natural, e incluso agradecido por la oportunidad que se le daba al viejo "oráculo de la metafísica" de hablar una vez más. Y respondió de un modo digno de un representante del viejo oráculo. Dijo que las investigaciones empíricas del cerebro podrían quizá llegar a decir algo sobre los procesos sensibles e inferiores del conocimiento. Pero esas investigaciones nada podrían decir acerca de los procesos superiores, como son el juicio, el razonamiento y sus bases en la autoconciencia (cf. Kant 1983b, 255-9). Ya en la *Crítica de la razón pura*, Kant había expresado que la autoconciencia, por ser absolutamente

simple, no puede ser un dato espacio-temporal (*KrV* B 419-20).

El otro proyecto fundamental para el naturalismo es la explicación de lo vivo a partir de procesos puramente físicos. Tradicionalmente, los organismos vivos habían desafiado toda explicación por causas físicas. Su diseño, el ajuste mutuo de sus partes y la funcionalidad que exhiben, sugiere, dice Kant, que una idea de los mismos ha precedido a su existencia y ha guiado su producción. Es natural, para la mente humana, inferir que los seres vivos hemos sido diseñados y creados por una inteligencia superior, y recurrir así a causas finales, causas que obran por representación de sus efectos. Si bien Kant fue cauteloso al evaluar el uso de explicaciones teleológicas en la ciencia natural, sostuvo al menos, que su uso se justifica subjetivamente, en la medida en que es simplemente imposible para la mente humana elaborar una explicación mecánica satisfactoria de la generación de un organismo, así fuese el más simple. Debido a una limitación estructural, que Kant parece haber ubicado en la necesidad de intuición de lo real en el espacio, Kant afirmó que nuestra mente no ve, ni podrá nunca ver, cómo los organismos vivos pueden generarse a partir de causas mecánicas ciegas (*KU* §77, final). Por esta razón, la biología no podría nunca renunciar a las explicaciones por causas finales. Hasta donde puedo entender su posición sobre la biología, Kant sostuvo que la explicación completa de la generación de los organismos vivos está oculta en su fundamento suprasensible.

No cabe pues duda de que Kant, así como pensaba que una perspectiva determinista sobre la acción dejaba por fuera la libertad y la moralidad, y que los estudios del cerebro dejarían por fuera la auto-conciencia, pensaba también que el intento de construir una biología sin recurso, de ningún tipo, a causas finales, tenía que dejar por fuera la vida misma. Teniendo pues en cuenta que, para Kant, el naturalismo es una concepción filosófica que implica la negación de la libertad, la racionalidad y la vida misma, su rechazo no nos puede sorprender. Pero desde los tiempos de Kant, el clima científico y filosófico ha cambiado. El naturalismo ya no es la posición que, en su intento por explicar la vida, la inteligencia y la moralidad, necesariamente debe negar estos fenómenos. Al contrario, la explicación alternativa de estos fenómenos que busca el naturalista pretende conservarlos, pretende ser una explicación que salve los fenómenos. Su explicación puede, hasta cierto punto, redefinirlos; pero su redefinición nunca puede equivaler a una eliminación, sino que debe servir también para legitimar nuestra concepción habitual de los mismos.

4. El legado de Darwin

Quizás una de las razones principales del cambio en el clima inte-

lectual, radique en la obra de Charles Darwin. Este correcto caballero victoriano, cuya obra principal se publicó durante la segunda mitad del siglo XIX,³ ha hecho posible que hoy expliquemos la existencia de los seres vivos por una teoría que no apela ni a causas finales, ni a mentes diseñadoras. La biología contemporánea se basa, así, en la convicción de que, finalmente, hemos llegado a ver y entender lo que Kant creía imposible.

En efecto, no es implausible sostener que la biología contemporánea, que consiste en una síntesis de la teoría de la evolución por selección natural con la concepción molecular del gen, contribuye fundamentalmente a tender el puente que, según el naturalismo filosófico, debe unir la danza frenética y anodina de los átomos y las estrellas con la vida, la inteligencia y la moralidad. El neo-darwinismo ha roto la muralla, aparentemente inexpugnable, emplazada entre las leyes físicas y las biológicas. Se trata de que las ciencias biológicas hablan de fines, propósitos y funciones, lo cual no tiene equivalente en las propiedades que mencionan las ciencias físicas. La explicación por fines, propósitos y funciones es una explicación por efectos; pero la física sólo reconoce explicaciones por causas. Las dos ciencias parecían irreconciliables, hasta que a Darwin se le ocurrió la idea de la selección natural. Darwin hizo pensable que un proceso causal físico, como el proceso de selección natural, conduzca a resultados que se pueden describir con el lenguaje de los propósitos y los fines. Hizo innecesario, para explicar el diseño de los seres vivos, apelar a entidades distintas a los átomos que componen las piedras o las estrellas.

Esta es en verdad una proeza intelectual, pero no podrá entenderse a cabalidad si se la confunde con la tesis espinocista por ejemplo, de que, en realidad, no existen fines, una tesis que Kant tenía presente y que llamó el "idealismo de la finalidad" (KU §72). Para Spinoza, toda apariencia de finalidad es una apariencia subjetiva, que depende de un ajuste de las cosas a nuestros deseos e intereses, y que se explica, probablemente, por una mera coincidencia cósmica. No es esto lo que sostiene la biología contemporánea. Para la biología, toda finalidad, toda adecuación de una cosa a otras, incluso la adecuación de las cosas a nuestras necesidades, es un diseño suficientemente sorprendente como para que sea interesante explicarlo por procesos naturales. La teoría no se propone negar que existan fines y funciones en los organismos. Se propone más bien mostrar que puede haber –y que hay– fines y funciones, sin que haya una mente diseñadora previa. La teoría propone que en la naturaleza hay fines y funciones debido a un proceso físico de índole especial. Gracias a este proceso, descubierto inicialmente por Darwin, ya no es necesario, como todavía de algún modo creía Kant, recurrir a una mente diseñadora para la explicación

³ Sus obras más importantes son Darwin 1989a y 1989b.

del diseño del universo, especialmente en los seres vivos. El blanco de la teoría de la evolución no es, pues, ni el diseño de lo vivo, ni la existencia de los fines; lo que se niega es que la historia de la creación sea la verdadera historia de sus orígenes.

Es difícil evaluar esta pretensión desde una posición ortodoxamente kantiana. La dificultad consiste en que los darwinistas sostienen que pueden dar una explicación fiscalista del origen de los fines y las funciones biológicas, mientras que a un kantiano esta empresa le tiene que parecer, en sí misma, es decir, en su mera concepción, imposible y absurda. El estado de estupefacción del kantiano cuando oye de la empresa naturalista, puede quizá explicarse diciendo que él piensa que es una verdad analítica que F es el fin de x si y sólo si hay una mente que creó a x para hacer F . En este sentido, la empresa naturalista le tiene que parecer un absurdo comparable a la negación de una verdad analítica. Pero por otro lado, sería aconsejable tener una explicación distinta de la estupefacción del kantiano, para evitar la objeción de que se está resolviendo la disputa con una definición inicial arbitraria de lo que es un fin. Uno podría decir, entonces, que la posición kantiana afirma que la conexión entre el concepto de fin y el de una mente diseñadora no es analítica, pero sí necesaria. Pues Kant no disponía de ninguna explicación de la apariencia de finalidad en el orden natural, que fuese comparable a la explicación por la actividad diseñadora de una mente. En esas condiciones, lo que no era sino una explicación sin alternativa tenía unos visos de "necesidad" que podían transformarla en verdad analítica. Esta apariencia de necesidad se debe tan sólo a que Kant no tuvo que enfrentarse a la teoría neo-darwinista contemporánea. Con el transcurso del tiempo, la "necesidad" moldeó nuestros usos lingüísticos de tal modo, que lo que inicialmente era una verdad sintética se convirtió en una verdad analítica, con la consecuencia de que parece absurdo negarla. Creo que una explicación de este tipo puede ayudarnos a entender la estupefacción que se puede sentir ante el proyecto naturalista, sin por eso descalificarlo como absurdo.

Pero de nuevo, si hemos de creer a la biología contemporánea, la explicación alternativa ya existe. Se trata además de una explicación exitosa, que se está extendiendo, por sus relaciones con la teoría económica, hacia las ciencias sociales y la psicología. La existencia de esta explicación alternativa ha disipado el halo de evidencia innegable que para Kant tenía la falsedad del naturalismo. El naturalismo puede reclamar ya su derecho a ser una posición conceptualmente viable. Ya no es legítimo, para explicar el fenómeno de la finalidad, recurrir a una maniobra definitoria según la cual ser fin es ser, necesariamente, el propósito de una mente.

No puedo terminar sin dar una idea de cómo ha logrado la biología, después de Darwin, explicar fines y funciones sin el recurso a mentes

diseñadoras. En primer lugar, la biología asume que cuando se dice que un rasgo R tiene un fin o una función F , se está diciendo que R existe porque produce F . Esto es anómalo desde el punto de vista de lo que es el paradigma de la explicación causal. Usualmente deberíamos explicar a R por sus causas pasadas, y no por sus efectos futuros. La propuesta tradicional, que todavía Kant aceptaba, era resolver esta dificultad explicando el rasgo por una causa antecedente especial: la intención o propósito de una mente diseñadora, que diseña y crea un ente x , que entre otras cosas es capaz de hacer F por medio de un rasgo R . R se explica, entonces, no propiamente por el efecto futuro, sino por una causa antecedente, que es la mente que diseña a x con el rasgo R para que haga F .

La solución alternativa que propone la biología contemporánea, siguiendo las intuiciones básicas de Darwin, es muy distinta. Se trata de conectar los rasgos o propiedades que se describen con los conceptos de función o de fin con procesos de selección natural. La selección natural es un proceso perfectamente posible en el mundo físico, siempre y cuando se den ciertas condiciones especiales:

- (1) Tienen que existir entidades capaces de reproducirse a sí mismas. La biología contemporánea sostiene que, en nuestro mundo, toda entidad que tenga la capacidad de reproducirse se compone, en última instancia, de unidades auto-replicantes que se denominan genes.
- (2) Los mecanismos por los cuales los genes se reproducen, garantizan la introducción de variaciones y novedades físicas en las copias producidas.
- (3) El entorno es lo suficientemente hostil como para que la variación física entre los genes, que necesariamente implica diferencias en sus interacciones con el entorno, redunde, de manera puramente causal, en el éxito reproductivo de los distintos genes. Es decir, las variaciones físicas entre genes y la hostilidad del entorno, simplemente causan que unos genes se reproduzcan más que otros. En esto consiste lo que se denomina selección natural.
- (4) Ya que el efecto de las variaciones sobre la capacidad reproductiva es algo que puede explicarse causalmente, puede también cuantificarse, aunque sea relativamente, y puede también predecirse. La biología es el estudio cuantitativo de estos procesos causales.

Todavía no es obvio qué tenga esto que ver con la explicación de fines y funciones. Pero fíjense en un hecho importante que se produce cuando existen procesos selectivos de esta naturaleza. Una molécula auto-replicante tiene una estructura molecular M que explica causalmente el rasgo R . El rasgo R produce causalmente el efecto F . Diga-

mos que F es una tolerancia mayor al frío que la que tienen otras moléculas auto-replicas. En el entorno en el que se encuentran esas moléculas, F significa, además, un incremento de la capacidad reproductiva de la molécula M . En esta situación, hay una clara línea causal que va de M a F a través de R , de manera que es literalmente cierto que M es causa de R y que R es causa de F . Pero dado que M y R compitieron en el pasado por la existencia con otras estructuras moleculares y sus rasgos, también es cierto que existe una línea causal inversa. El efecto F , al incidir positivamente sobre la capacidad de reproducirse de M , es parte de la explicación de por qué ahora existen M y R , y no otras variantes, por ejemplo M_1 y R_1 . Procesos naturales de selección hacen, pues, posible, que sea literalmente cierto que un rasgo R existe porque produce el efecto F . Eso es, precisamente, lo que Kant creía que sólo era explicable para nosotros por el recurso a una inteligencia diseñadora.

Si esta explicación de lo que es un fin y una función es aceptable, entonces debemos concluir que el neo-darwinismo derribó la barrera entre los procesos físicos y los procesos biológicos. La clave está en la concepción de la selección natural, pero también, indesligable de ella, en la postulación de una entidad intermedia entre átomos y mentes, denominada gen. Darwin no tuvo una idea tan precisa de gen, ni tampoco de los mecanismos por los que los genes hacen copias de sí mismos, como la que hoy está a disposición de la biología molecular. Pero Darwin es el punto de partida de la biología contemporánea, pues él concibió algunas de las características abstractas más importantes del gen y de sus mecanismos de auto-replicación. Sabía que esas entidades tenían la propiedad de determinar los rasgos fenotípicos de los organismos y de heredar esos rasgos al auto-replicarse; sabía que su auto-replicación debía garantizar la introducción de novedades y variaciones; y sabía que, a través de los rasgos fenotípicos producidos, esas entidades y sus productos se encontrarían en una relación de adaptación diferencial con el entorno.

La conquista intelectual que debemos a la teoría de la selección natural operando sobre material genético, no sólo parece haber cerrado el abismo entre procesos vivos y procesos puramente físicos, sino que ha acortado la distancia que separa lo físico de lo mental y psicológico. Siendo ya capaces de explicar la finalidad por procesos físicos, no parece estar lejos una explicación de la racionalidad y la capacidad representativa por los mismos procesos. Hay que tener en cuenta que, si se puede decir que los procesos de selección natural producen fines y funciones, entonces se puede decir que lo que hacen es dar origen a relaciones racionales entre eventos naturales. La adaptación de un organismo a su entorno puede verse como una forma primitiva de racionalidad. Es un hecho que los procesos evolutivos, y los procesos selectivos que los sustentan, tienen una lógica y una racionalidad que

se estudia con instrumentos conceptuales parecidos a los que usan los economistas para describir y predecir la racionalidad económica. Si los procesos selectivos tienen racionalidad, y si lo propio de ellos es producir diseño, es decir, sistemas físicos que tienen funciones y fines, entonces no es descabellado afirmar que estos procesos selectivos pueden llevar a diseñar mecanismos que sean capaces, hasta cierto punto, de representarse esos mismos procesos racionales. Esta es una de las fronteras más fascinantes de la aventura intelectual que comienza con Darwin.

Pero es poco lo que yo, o quizá cualquier filósofo, pueda decir ahora al respecto. Me doy por satisfecho si he logrado, al menos, transmitirles la impresión de que lo que Kant reputaba imposible, es hoy, a pesar de su autoridad, una realidad tangible. Kant rechazó la posibilidad de que cualquier ciencia que se refiriese a entidades ubicables en el espacio-tiempo pudiese arrojar resultados tan sorprendentes. Mi tesis es que, en última instancia, su rechazo se apoyó en una concepción del noúmeno como entidad suprasensible. Se trata de una concepción filosófica de origen platónico, congenial con alguna forma de teísmo religioso, con una concepción dualista de las relaciones mente-cuerpo, y con una explicación vitalista y finalista de la vida. Es una concepción plausible y es una parte venerable de nuestra historia. Kant fue muy sutil al favorecer esta tradición, y se cuidó mucho de no cometer el pecado capital de permitir a los noúmenos intervenir en las explicaciones científicas. Pero por eso mismo, limitó severamente el alcance de estas últimas. La ciencia natural nunca podrá dar de los seres humanos la explicación correcta. Los seres humanos no sólo pertenecemos al mundo espacio-temporal, sino que también somos parte de un mundo inteligible, que no podemos intuir o conocer por experiencia sensorial, pero que podemos concebir correctamente como un mundo moral, una comunidad de espíritus libres y responsables gobernada por una inteligencia suprema.

Bibliografía

- Darwin, Ch. (1989a) [1859]. *The Origins of Species* (ed. P. Barrett & R.B. Freeman). En: *The Works of Charles Darwin*. New York: N.Y. University, Vol. 15.
- (1989b) [1971 / 77]. *The Descent of Man* (ed. P. Barrett & R.B. Freeman). En: *The Works of Charles Darwin*. New York: N.Y. University, Vol. 21.
- Kant, I., (1968) [KrV]. *Kritik der reinen Vernunft*. En: *Kants Werke* (editado por La Real academia prusiana de las ciencias). Berlin. T. III,
- (1983a). *Werke in zehn Bänden*. (ed., W. Weischedel). Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

- (1983b). *Aus Sömmering: Über das Organ der Seele*. En: Kant 1983a, t. XIX.
 (1983c) [KrpV]. *Kritik der reinen praktischen Vernunft*. En: Kant 1983a, t. VI.
 (1983d) [KU]. *Kritik der Urteilskraft*. En: Kant 1983a, t. VIII.

Strawson, P. (1966). *The Bounds of Sense*. London. (Edición castellana: *Los límites del sentido* [trad. C. Thiebaut]. Madrid: Revista de Occidente, 1975.)